

LA POESIA SOCIAL EN GABRIEL Y GALAN

Por José María OSUNA (1)

de la Sociedad Española de Médicos Escritores



ABLAR del poeta *Gabriel y Galán*, relacionándolo con la llamada «poesía social», parece así de entrada un gran disparate, en especial si se entiende aquélla según el concepto que en años muy recientes admitieron para sus principales corifeos

En cualquier caso debemos aclarar que ya en el año 1921, *Eugenio D'Ors* escribía en su libro «El valle de Josafat» lo siguiente: «Sospecho que en el fondo *Gabriel y Galán* es sociología pura. La sociología es la tara de la literatura de cincuenta años a esta parte».

No me resisto a intercalar un esclarecedor inciso. Cuarenta años después de escritas y publicadas las anteriores palabras, el crítico *José María Castellet*, en el prólogo de su obra antológica «Veinte años de poesía española», aseguraba que «el poeta participa (con los demás hombres) en una empresa social... la nueva poesía será histórico narrativa». Tanto aquella opinión como ésta entran a formar parte del juego pendular que al parecer ha regido a través de todos los tiempos los modos y modas literarios con períodos más o menos largos de sostenido predominio.

(1) Insertamos este bello trabajo en homenaje a la memoria de este extremeño que hace poco falleció.

Gabriel y Galán como poeta tuvo su cara y su cruz. La aparición del salmantino en el panorama lírico nacional coincidió con la de los monstruos del 98, recibidos con hostilidad por una considerable mayoría —la rutinaria oposición a *lo nuevo*— que en más de una ocasión hubo de tomar al poeta castellano extremeño, bien a pesar suyo, como bandera frente a aquéllos. Grave error cuyas consecuencias pagaría el bueno de *Gabriel y Galán* en quien si no los propios zaheridos, sus inmediatos seguidores tratarían de descargar parte del malhumor, exagerando los indudables fallos, recargando las tintas negras en las críticas a sus versos...

José María Gabriel y Galán, el maestro sencillo y bondadoso del Guijo (Cáceres), estaba dotado de una fina sensibilidad para la belleza que él captaba con alegre emoción en torno suyo. Pero no pudo o no quiso depurar su poesía. Tal vez por su muerte anticipada, tal vez porque creyó mejor no desposeerla de elementos ciertamente superfluos, ajenos a la pura concepción estética que la hubieran dejado inservible para sus paisanos, invalidando el goce indiscutible y sincero que el poeta experimentaba al proceder así, ya que en aquellos hombres rudos y sencillos era en quien sobre todo pensaba al componer sus versos.

Poeta amado de nuestras primeras lecturas, un criterio libresco, no exento de pedantería, nos fue separando de él hasta alejarnos del todo.

Actitud nada ecuánime, pues ni siquiera nos obligaba a separar lo que en sus versos hay de trivial hojarasca —que es mucha— de lo que hay de recta emoción lírica —que no es poca—.

Evidentemente, el término de *poesía social*, tal como lo entendieron sus adalides últimos, en el sentido de una actividad literaria comprometida, no es posible, por ningún concepto, aplicarlo a la obra de *Gabriel y Galán*. (Debemos añadir en seguida que el concepto de *poesía social* tomado en dicha acepción, hace ya unos años que quedó ampliamente superado).

En *Gabriel y Galán* el calificativo de «social» hay que asimilarlo a lo que lleva consigo de preocupación, de angustia, de inquietud ante el dolor humano producido por unos dispositivos económico-sociales que muchos consideran injustos y que probablemente lo son cuando dan motivos a sufrimientos que pueden ser evitados.

El poeta salmantino a quien aparte de su condición lírica habría que catalogar socialmente como «labrador acomodado en pueblecito de elemental desarrollo», se siente conmovido en lo más hondo de su alma por la presencia de unos males que a veces alcanzaban

límites extremos, infrahumanos Y se adelanta en más de medio siglo —nos referimos a los *poetas sociales* de las últimas hornadas— a alzar la voz de sus versos doloridos en favor de los que padecen a consecuencia de la injusticia.

Claro que como *hombre de su lugar y de su tiempo* no puede admitir, quizá porque dentro y fuera de él las contemple deformadas, aquellas posibles soluciones generales que habían tratado de imponer unos y otros desde arriba o desde abajo, entre errores y violencias, y no acepta o no ve otras que las que proponen los hombres mejores de su época; la caridad, el paternalismo... fórmulas que hoy quedaron ya fuera de elección.

Si leemos con discreta atención su obra, descubriremos que en más de la mitad de ella, *Gabriel y Galán* se manifiesta como *poeta social*, inconformista.

En algunas composiciones, la reacción del poeta frente a la injusticia es categórica, tajante. Citamos entre ellas «La jurdana», poema estremecedor en que los versos se desbordan en tonos desgarrados expresando la angustia por unas condiciones de vida más propias de lobos —aquellos lobos hambrientos que merodean entre la maleza y los peñascales de las Hurdes— que de personas.

En otras se nos presenta más tierno, más paternalista. Recordemos el bello poema «Mi vaquerillo»: su pasión indeclinable por la vida del campo lo lleva a cantar con morosa complacencia la enorme y sugestiva belleza del nocturno campesino: su solemnidad, los rumores, la luz difusa, como de plata, que baja del cielo... Pero toda esta emoción es superada cuando el poeta contempla el sueño —cara a las estrellas— del zagalillo que le cuida las vacas. Ante la estampa serena, piensa en las seguras penalidades, los peligros, la ruda tarea de aquel adolescente, casi un niño, en la exigüidad de la soldada. Y se siente conmovido por duros remordimientos que procura aliviar en el firme propósito de la enmienda.

En «Los postres del mediodía» es la propia voz del jornalero víctima de una opresión llevada a tope por la avaricia y la inhumana actitud del amo, la que se levanta ronca, amenazadora, agresiva.

Y como éstas, muchas más, cada una con su propio matiz «Canto al trabajo», «La epigadora», «A. S. M. el Rey», «A un rico», etcétera, que expresan claramente la tendencia social del vate salmantino. Y esto es así incluso en aquellos versos como los de «Los pastores de mi abuelo», en que la situación conflictiva se resuelve de acuerdo con los más estrictos cánones *reaccionarios*. Era la excepción indudablemente salvada por la buena fe.

HOMBRE SOLO

En la tarde silenciosa,
de voces afelpadas,
camino por senderos infinitos.
Caminos ciegos,
sendas que me separan de tus huellas,
de tus acentos, que inútilmente escucho.

No resuenan tus pasos,
ni cruje la arena bajo las temerosas plantas.
No hay arrayanes en las cunetas,
ni encuentros con otros caminantes.
No están tus manos guiándome,
confortando mis miedos.

Camino como si flotara
en una atmósfera vacía, de astronautas,
mientras bordeo oscuros precipicios.
Al fondo, las sierras, como envueltas en humos
que me ocultan añiles desvaídos,
levantándose imponentes
o se hunden de pronto, como heridos cetáceos.

Las hojas de los árboles,
antes bellos esmaltes, se han quedado sin brillo,
y en las ramas,
los trinos apagados de los pájaros
son piar de pobres criaturas indefensas.

La tierra toda,
los muros y las verdes praderas de esmeralda
son barreras que obstruyen los caminos,
perdidos entre el fango y el verdín de las piedras.

Y es la noche
la que navega, fatal, en la nave de la tarde.
La noche con sus fríos,
con sus silencios y las medrosas sombras
envolviendo las afelpadas voces,
celosa de sus ecos como fatal mordaza.

Solo en la tarde
sin voces y sin luz. Sin tu presencia.

Teodoro CEPEDA GIL